

Día 2. Misterio de ingratitud

ORACIÓN A LA TRINIDAD:

Padre lleno de paciencia y misericordia que, a pesar de haberme amado personalmente desde toda la eternidad, muchas veces no encuentras en mí más que desconfianza e ingratitud, concédeme tu Espíritu Santo, para que me enseñe a amarte, bendecirte y darte gracias por tantos dones que recibo cada día de tu bondad.

MEDITACIÓN:

Es un gran misterio el que, habiendo sido el hombre la criatura más bendecida por Dios, sea también la más ingrata de toda la creación. Nos dice el Señor a través del profeta Oseas:

Cuando Israel era joven lo amé y de Egipto llamé a mi hijo. Cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí: sacrificaban a los baales, ofrecían incienso a los ídolos. Pero era yo quien había criado a Efraín, tomándolo en mis brazos; y no reconocieron que yo los cuidaba. Con lazos humanos los atraje, con vínculos de amor. Fui para ellos como quien alza un niño hasta sus mejillas. (Os 11,1-4)

Es conveniente caer en la cuenta de nuestra falta de gratitud ante el amor infinito de Dios por cada uno de nosotros, y para ello es bueno repasar cuántos y cuán grandes regalos hemos recibido de Él a lo largo de la vida. Desde el mismo hecho de nuestra venida a la existencia, el ser sostenidos cada día en ella; por supuesto el don de la fe; nuestros familiares, amigos y seres queridos; con frecuencia el haber conocido a personas que nos educasen en ese trato y conocimiento de Dios; tantos bienes materiales... Y tantas otras gracias celestiales, percibidas o no, que van dejando en el corazón del hombre la certeza de la cercanía de Dios a su alma, y el deseo insaciable de conocerle y amarle cada vez más.

Y ante tantos dones debemos preguntarnos: ¿cómo estamos respondiendo? Si el hombre mira sinceramente en su interior, a menudo tendrá que reconocer que su respuesta al amor de Dios ha sido ignorarlo, olvidarlo o, en el mejor de los casos, cederle solo una pequeña parcela de su vida, pero no dejándole ser su centro, como es en verdad. El hombre de hoy y el de todos los tiempos es como el pueblo de Israel, el pueblo elegido, que cuanto Dios más lo llama, más se aleja de Él.

Pero ante esa falta de gratitud, Dios no nos da la espalda, no nos abandona ni nos retira sus gracias y su amor. Al contrario: Él responde a nuestra frialdad enviándonos a su mismo Hijo, a la Palabra hecha carne, para que él nos ayude a comprender la grandeza del amor del Padre viendo en su rostro la misericordia encarnada. Como dice san Juan: «En esto se ha manifestado el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de Él». (1Jn 4,9)

Es real, como nos enseña el Papa Francisco, que, a pesar de haber recibido tantas pruebas de amor, nos falta «la estremecida gratitud por la amistad que Cristo ofrece y por el sentido último que da a la propia vida».

Es un inmenso consuelo el hecho de que sabemos cuál es el remedio para esta carencia y así nos lo enseña en su encíclica *Dillexit nos*:

Estas enfermedades tan actuales, de las cuales, cuando nos hemos dejado atrapar, ni siquiera sentimos el deseo de curarnos, me mueven a proponer a toda la Iglesia un nuevo desarrollo sobre el amor de Cristo representado en su Corazón santo. Allí podemos encontrar el Evangelio entero, allí está sintetizada la verdad que creemos, allí está cuanto adoramos y buscamos en la fe, allí está lo que más necesitamos.¹

La gratitud genera alianza, por eso es tan importante no dejarnos enredar por esa tela de araña que trata de paralizar nuestra capacidad de elevar los ojos y mirar al que nos da todo en su Hijo. Es fundamental que aprendamos a contemplar en el evangelio lo bueno que es Jesús y cómo le duele en el corazón la falta de gratitud. Recordemos a los leprosos curados cuando pregunta: «¿No han quedado curados los diez?; los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios más que este extranjero?» (Lc 17,17-18) O también como le duele ver que el pueblo elegido no le reconoce como el Mesías enviado por el Padre, y llega incluso a conmoverse y llorar ante la ciudad santa de Jerusalén, exclamando: «¡Si tú también hubieras comprendido en este día el mensaje de paz!» (Lc 19,42) Recordemos que, como nos enseña el Catecismo: «Jesús, durante su vida, su agonía y su Pasión nos ha conocido y amado a todos y a cada uno de nosotros y se ha entregado por cada uno de nosotros. Nos ha amado con un corazón humano».

Ojalá la consagración para la que nos preparamos sirva para devolver amor a cambio de tanto amor.

PROPÓSITO:

Jesús, ayúdame a meditar hoy sobre mi historia, meditar en tantos beneficios recibidos y a darte gracias sin cesar con todo mi corazón.

JACULATORIA:

Jesús de corazón lleno de gratitud, haz mi corazón semejante al tuyo.

¹ Carta enc. *Dilexit nos*, n.89